



- con tal cosa como esto se vence a los moros del campo.  
 Rogad a Creador que os viva<sup>11</sup> algún año,  
 entraréis en prez y besarán vuestras manos».
 Esto dijo mío Cid bajando del caballo.  
 Cuando lo vieron de pie, que había descabalgado,  
 las dueñas y las hijas y la mujer que vale algo<sup>12</sup>  
 delante del Campeador de hinojos se hincaron<sup>13</sup>:  
 «¡Somos de vuestra merced, así viváis muchos años!»  
 De vuelta con él entraron al palacio,  
 y se sientan con él en unos preciosos escaños.  
 «Mujer mía, doña Jimena, ¿no me lo has rogado?  
 Estas dueñas<sup>14</sup> que trajiste, que te sirven tanto,  
 las quiero casar con estos míos vasallos;  
 a cada una de ellas les doy doscientos marcos,  
 que lo sepan en Csatilla, a quién sirvieron tanto.  
 Lo de vuestras hijas se verá más despacio».
 Se levantaron todas y le besaron las manos,  
 grande fue la alegría que hubo por el palacio.  
 Como lo dijo el Cid así lo han acabado.  
 Minaya Álvar Fáñez fuera estaba en el campo,  
 con todas estas gentes escribiendo y contando<sup>15</sup>;  
 entre tiendas y armas y vestidos preciados  
 tanto hallan de esto que mucho es apreciado.  
 Os quiero decir lo que es más granado:  
 no pudieron saber la cuenta de todos los caballos  
 que andan arreados y no hay quien pueda tomarlos;  
 los moros de las tierras se han ganado algo;  
 además de todo esto, al Campeador contado<sup>1</sup>  
 de los buenos y otorgados le cayeron mil caballos;  
 cuando a mío Cid le cayeron tantos,  
 los otros bien pueden sentirse bien pagados.  
 ¡Tanta tienda preciada y tanto tendal<sup>17</sup> obrado  
 que ha ganado mío Cid con todos sus vasallos!  
 La tienda del rey de Marruecos, que está de las otras al cabo,  
 dos tendales la sufren, con oro son labrados;  
 mandó mío Cid el Campeador contado,  
 plantada quedase la tienda, y no la tocase un cristiano:  
 «Tal tienda como esta, que de Marruecos ha llegado,  
 enviarla quiero a Alfonso el castellano,  
 que tuviese sus nuevas de mío Cid que tenía algo».
 Con estas riquezas tantas a Valencia han entrado.  
 El obispo don Jerónimo, caboso coronado<sup>18</sup>,  
 cuando se harta de lidiar con ambas, sus dos manos,  
 no lleva la cuenta de los moros que ha matado;  
 el botín que le cayó mucho era asegurado;  
 mío Cid don Rodrigo, el que en buena hora nasco,  
 de toda su quinta parte el diezmo le ha mandado.

[128]

- (...)
- <sup>19</sup> Abrigos Allí les quitan los mantos y los pellizones<sup>19</sup>,  
<sup>20</sup> Prenda interior las dejan en cuerpos y en camisas y ciclatones<sup>20</sup>.  
 Espuelas tienen calzadas los malos traidores,  
 en mano cogen las cinchas, fuertes y duradores.  
 Cuando esto vieron las dueñas, hablaba doña Sol:  
<sup>21</sup> Nosotras/os «¡Por Dios os rogamos, don Diego y don Fernando, nos<sup>21</sup>!  
 Dos espadas tenéis, fuertes y tajadoras,  
 a una llaman Colada, y a la otra Tizona,  
 cortadnos las cabezas, mártires seremos nos.  
<sup>22</sup> Historia Moros y cristianos contarán esta razón<sup>22</sup>,  
 que porque nos merecemos nos lo encontramos nos.  
 Tan malos ejemplos no hagáis sobre nos:  
 si nos fuéramos maltratadas, envileceréis a vos;

<sup>23</sup> Provecho

os lo han de demandar en vistas o en cortes». Lo que ruegan las dueñas nos les hace ningún pro<sup>23</sup>. Ahora les empiezan a dar los infantes de Carrión; con las cinchas corredizas las golpean sin sabor; con las espuelas agudas donde ellas tienen más dolor, rompen las camisas y las carnes a ellas, ambas las dos; limpia salía la sangre sobre los ciclatones. Ya lo sienten ellas en sus corazones.

<sup>24</sup> Pasado de «placir»

¡Qué ventura sería esta, si pluguiese<sup>24</sup> al Creador que asomase ahora el Cid Campeador! Tanto las golpearon que sin consciencia son; sangrientas las camisas y todos los ciclatones. Cansados son de herir, ellos, ambos los dos, ensayando ambos cuál dará mejores golpes. Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol, por muertas la dejaron en el robledo de Corpes.

[130]

Lleváronles los mantos y las pieles armiñas, mas déjanlas tristes en briales y en camisas, y a las aves del monte y a las bestias de fiera guisa. Por muertas las dejaron, sabed, que no por vivas. ¡Qué ventura sería si asomase ahora el Cid Ruy Díaz!

[151]

<sup>25</sup> Parte del yelmo

Don Martín y Diego González se hirieron con las lanzas, tales fueron los golpes que se quebraron ambas. Martín Antolínez metió mano a la espada, relumbra todo el campo, de tan limpia y clara; le dio un golpe, de través lo tomaba: el casco de encima aparte se lo echaba, las correas del yelmo todas se las cortaba, allá llevó la capucha, hasta la cofia<sup>25</sup> llegaba, la cofia y la capucha, todo se lo llevaba, le rajó los pelos de la cabeza, hasta la carne llegaba; Lo uno cayó en el campo y lo otro arriba quedaba. Cuando este golpe le ha herido de Colada la preciada, vio Diego González que no escaparía con el alma; volvió la rienda al caballo por volverse de cara, espada tiene en mano mas no la empleaba. Ahora Martín Antolínez le recibió con la espada, un golpe le dio de plano, con lo agudo no lo contaba. Ahora el infante tan grandes voces daba: «¡Válgame Dios glorioso, Señor, líbrame de esta espada!» El caballo refrena y alejándose de la espada, lo sacó del mojón: don Martín en el campo quedaba. Ahora dijo el rey: «Venid vos a mi compañía; por cuanto habéis hecho vencido habéis esta batalla». Se lo otorgan los jueces, que dice verdadera palabra.

[152]

Los dos han vencido; os diré de Muño Gustioz, con Asur González, cómo se las arregló. Se golpean en los escudos unos tan grandes golpes. Asur González, forzado y de valor, hirió en el escudo a don Muño Gustioz, tras el escudo no acertó en la guarnición; de vacío se fue la lanza, que en carne no le dio. Este golpe hecho, otro dio Muño Gustioz:

<sup>26</sup> Asta de la lanza  
<sup>27</sup> Forma primitiva de  
«muerte», se conserva  
por la rima

<sup>28</sup> Manera

<sup>29</sup> Después (ver 27)

por medio de la broca el escudó le quebrantó;  
no le pudo proteger, le falló la guarnición,  
aparte le cogió, que no junto al corazón;  
le metió por la carne adentro la lanza con el pendón,  
de la otra parte una braza se la echó,  
con él dio una tuerta, de la silla lo abatió,  
al tirar de la lanza en tierra lo echó;  
bermejo salió el astil<sup>26</sup> y la lanza y el pendón.  
Todos piensan que herido es de muerte<sup>27</sup>.  
La lanza recuperó y sobre él se paró;  
dijo Gonzálo Ansúrez: «¡No le hiráis, por Dios!  
¡Vencido es el campo cuando esto se acabó!».  
Dijeron los jueces: «Esto oímos nos».  
Mandó librar el campo el buen rey don Alfonso,  
las armas que allí quedaron él se las tomó.  
Por honrados se parten los del buen Campeador;  
vencieron esta lid, loado sea el Creador.  
Grandes son los pesares por tierras de Carrión.  
El rey a los de mío Cid de noche los envió  
que no les asaltasen ni tuviesen pavor.  
A guisa<sup>28</sup> de prudentes andan días y noches.  
Hélos en Valencia con mío Cid el Campeador:  
por malos los dejaron a los infantes de Carrión,  
han cumplido el encargo que les mandó su señor;  
alegre fue por esto mío Cid el Campeador.  
Muy envilecidos quedan los infantes de Carrión.  
Quien buena mujer escarnece y la deja después<sup>29</sup>,  
a ese le acontezca siquiera lo peor.  
Dejémonos de pleitos de infantes de Carrión,  
de lo que han conseguido tienen muy mal sabor;  
hablemos nosotros de este que en buen hora nació.  
Grandes son los gozos en Valencia la mayor,  
porque tan honrados fueron los del Campeador.  
Se acarició las barbas Ruy Díaz su señor:  
«¡Loado el rey del cielo, mis hijas vengadas son!  
¡Ahora disfruten siempre heredades de Carrión!  
Sin vergüenza las casaré pese a alguien o no».  
Anduvieron en pláticas los de Navarra y de Aragón,  
tuvieron su reunión con Alfonso el de León.  
Hicieron sus casamientos doña Elvira y doña Sol;  
los primeros fueron grandes, mas estos son mejores;  
a mayor honra las casa el que en buena nació,  
cuando señoras son sus hijas de Navarra y de Aragón.  
Hoy los reyes de España sus parientes son,  
a todos alcanza honra por el que en buena hora nació.  
Pasado es de este siglo mío Cid de Valencia señor  
el día de Pentecostés; ¡de Cristo tenga el perdón!  
¡Así hagamos todos justos y pecadores!  
Estas son las nuevas de mío Cid el Campeador;  
en este lugar se acaba esta razón.

Quien escribió este libro  
del Dios paraíso Amén  
Per Abbat le escribió en el mes de mayo  
en era de M .CCXLV años

El romanz es leydo  
dat nos del vino  
si non tenedes dineros  
echad alla unos peños  
que bien nos lo daran sobrelo